

La ocasión americana: José Martí en la conmemoración del Grito de Dolores. New York, 1891*

Autor: Enrique López Mesa

La oratoria fue una de las facetas medulares del quehacer martiano. Una parte de ella llegó a nosotros —integral o fragmentariamente— gracias a versiones taquigráficas o a los manuscritos del propio Martí. Otra, se ha perdido. De esta última sólo nos queda la posibilidad de rescatar reseñas periodísticas que nos brinden una idea relativamente aproximada de lo dicho por Martí. Dado el progresivo deterioro que sufren en nuestras bibliotecas las ya de por sí incompletas colecciones de los periódicos cubanos de New York del siglo XIX, se hace necesario apresurar esos instantes de la vida de Martí antes de que esas fuentes desaparezcan irremisiblemente. Este breve artículo forma parte de ese intento.

Su bienio mexicano (1875-1876) significó para José Martí su descubrimiento personal de la América Latina. Fue allí donde utilizó por primera vez la expresión de identidad “nuestra América”,¹ y a partir de entonces toda su obra estuvo atravesada por un discurso identitario que postulaba la macroidentidad cultural latinoamericana como factor de unidad y vehículo para un consenso político continental, que en su ensayo más importante definiría como "unión tácita y urgente del alma continental".²

Paradójicamente, el sentido identitario de José Martí alcanzaría su madurez en un escenario geográfico muy alejado de su medio natural: la ciudad de New York. En opinión nuestra,

* Una primera versión de este artículo fue publicada en *Chacmool. Cuadernos de Trabajo Cubano-Mexicanos*. (Mérida-La Habana) vol. VI, 2010, p. 11-14.

¹ Martí, J. *Obras completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, t. 6, p. 423. “Hasta el cielo”. *Revista Universal*. 15 enero 1876. (En lo sucesivo *OC*).

² Martí, José. *Nuestra América*. Edición crítica. Investigación, presentación y notas de Cintio Vitier. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000, p. 30.

fue en esa ciudad —“[...] en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos re- tiene, por única causa, la cercanía a nuestro país [...]”—³ en la cual —quizás por contraposi- ción al medio—, arraigó más en él esa concepción latinoamericanista. Todo parece indicar que, además del conocimiento bibliográfico de la historia, la economía y la política del sub- continente que fue acumulando en New York, su interactuar diario con los hombres y muje- res de la comunidad latinoamericana local —tanto residentes como visitantes—, contribuyó a enriquecer y acendrar su latinoamericanismo.

Por otro lado, es sobradamente conocido el amor que Martí siempre guardó por México. A lo largo de sus *Obras completas* podemos hallar reiteradas muestras de ello. De ahí que durante sus años neoyorquinos mantuviera excelentes relaciones con la colonia mexicana local, encabezada por el doctor Juan N. Navarro, Cónsul General en aquella ciudad.⁴ Fue Navarro quien propició la que ha quedado como primera muestra del predicamento alcanzado por Martí dentro de la comunidad latinoamericana de New York, cuando lo invitó a hablar en el banquete celebrado el 24 de julio de 1883 para conmemorar el centenario del natalicio de Simón Bolívar, y al cual asistió Marco Aurelio Soto, presidente

³ Martí, J. *OC*, t. 4, p. 223-224.

⁴ Juan N. Navarro (1823-1904). Médico, poeta y diplomático mexicano. Se graduó de médi- co en 1847 y ejerció como profesor de la Escuela de Medicina de 1848 a 1862. También fue director del Hospital de San Hipólito. Participó en la lucha contra la intervención fran- cesa. El presidente Juárez lo nombró Cónsul General en New York y ocupó ese cargo desde el 4 de septiembre de 1863 hasta su fallecimiento, ocurrido el 25 de septiembre de 1904. Fue miembro de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York. Como poeta, co- laboró en publicaciones periódicas de su país. Todo parece indicar que Martí y Navarro tu- vieron buenas relaciones a lo largo de los casi quince años de residencia neoyorquina del cubano. Lamentablemente, no se ha localizado ningún epistolario entre ambos. Por otra parte, es muy probable que en sus informes consulares Navarro haya mencionado las activi- dades de Martí, pero ha sido infructuosa la consulta del sitio Web del Archivo Histórico "Genaro Estrada", de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

de la República de Honduras, así como el cuerpo consular acreditado en New York y la intelectualidad latinoamericana que a la sazón se hallaba en la urbe.⁵

Seis años después, en una de las crónicas que dedicara a la I Conferencia Panamericana (Washington, 2 de octubre de 1889 – 19 de abril de 1890), al describir a los integrantes de la delegación azteca, Martí definiría a Navarro como "uno de los patriarcas mejicanos, el caballero indio Juan Navarro, compañero de Prieto, de Ramírez, de Payno, de los Lerdo, de todos los fundadores: es el cónsul de México en New York: perdió su gran fortuna, y vive feliz con otra mayor, que es la de no lamentarla".⁶

El año de 1891 fue un ejemplo particular de cómo Martí mantuvo en New York su devoción por México. El 7 de marzo de ese año, el cónsul Navarro asistió a una de las veladas de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York, entonces presidida por Martí, quien tuvo palabras de elogio para "el amigo de Juárez".⁷ Al mes siguiente, la primera de las "Noches americanas" que Martí organizara en esa Sociedad fue dedicada a México (23 abril 1891). En ella pronunció un importante discurso, cuyo cierre estuvo dirigido a Navarro:

⁵ El propio Martí redactó una crónica del acto para el número de agosto de ese año de la revista *La América*. Cfr. Martí, J. *OC*, t. 8, p. 178-181. En ella dijo de Navarro: "[...] Presidía, como quien para presidir nació, Don Juan Navarro, con aquella fácil palabra, tacto exquisito y cultos modos que dan fama a los hombres de México [...]" Paradójicamente, fue el periódico de la colonia española de la ciudad, *Las Novedades*, el que dejó para la posteridad la única reseña conocida de las palabras de Martí en aquella ocasión. La doctora Diana Abad Muñoz la localizó y la incluyó en su artículo "José Martí en el centenario del Libertador". *Patria*. (La Habana) año 5, no. 5, 1992, p. 91-96. Ese artículo de la profesora Abad Muñoz fue pionero en esta labor de rescate.

⁶ Martí, J. *OC*, t. 6, p. 36.

⁷ *El Porvenir*. (New York) 11 marzo 1891, p. 2.

¿Y ante quien tributaremos el entusiasmo que nos inspira la obra firme y creciente de la República que viene a ser en América como la levadura de la libertad, sino ante el que, con el mérito y brío de su persona, más con su cargo oficial de Cónsul, representa a México en Nueva York, ante uno de los luchadores gloriosos que han puesto la libertad de la tierra mexicana, la libertad de pensar y de vivir por sí, donde no parece que haya poder que la derrumbe, ante aquel cuya barba blanca ennoblece el rostro donde se revela la juventud del corazón, como aquellos festones de delicado gris, canas del bosque, que realzan el verde perpetuo de las colinas que vieron vivir a Moctezuma, y morir, al pie de su bandera, a los cadetes heroicos de Chapultepec? ¡Señor: como los guerreros de manto y penacho de diversos climas se juntaban al pie del ahuehuate, a jurar su ley al árbitro imperial, las Repúblicas agradecidas de América, con palmas invisibles y flores selladas con el corazón, se juntan alrededor de la bandera mexicana!⁸

El 8 de agosto de ese año, Martí participó en una cena con un grupo de excursionistas mexicanos de visita en la ciudad,⁹ y en la noche del martes 15 de septiembre asistió al banquete de gala ofrecido por el doctor Navarro para conmemorar el 81º aniversario del Grito de Dolores. Lamentablemente, las palabras de Martí en dicho acto se han perdido, pero nos queda la reseña que, con su ampuloso estilo, redactara el cubano Enrique Trujillo para su periódico *El Porvenir*, la que nos permite saber, siquiera en parte, lo allí ocurrido.¹⁰

La velada se celebró en el restaurante Mazetti, sito en la Calle 49 y Sexta Avenida, y fue presidida por el doctor Navarro, quien a las once de la noche leyó el Acta de Independencia de México de 1821 y a continuación redactó un telegrama de saludo al presidente Porfirio Díaz.

Navarro decidió alterar el orden de los oradores, para que Martí fuera el primero. Así lo reseñó Trujillo:

⁸ Martí, J. *OC*, t. 7, p. 67.

⁹ *El Porvenir*. (New York) 12 agosto 1891. Suplemento.

¹⁰ *Ibidem*, 21 de septiembre de 1891, p. 1-2.

El presidente de la fiesta, Cónsul Sr. Navarro, tuvo un cumplido muy especial para ese infatigable propagandista de nuestra América latina, a quien todos sus pueblos conocen y admiran. El Sr. Navarro dijo que se encontraba presente aquel orador notable y buen amigo de México, y que con permiso de todos invertía el orden los discursos, señalado de antemano, para suplicar al Sr. Martí que hiciera uso de la palabra. Así lo verificó éste. En alas de su poderosa fantasía, recorrió de un vuelo lo más culminante de la historia de México, sus grandes luchas por la libertad y el progreso, coronadas al presente con el triunfo del derecho y de la paz. Oía en sí el orador la voz de la Argentina, que le mandaba hablar, coronada de ciudades la cabeza, joven, con el sol en la frente; la voz del Uruguay, la "Nueva Troya"; la del Paraguay, que armó sus mujeres contra el extranjero; la voz de un pueblo adolorido, y de todos los países latinos de la América, que son en espíritu uno, con el que se alzó libre.

Después de Martí, hablaron otros oradores: el general mexicano Rosendo Márquez, gobernador del Estado de Puebla; el hombre de negocios argentino William H. T. Hughes, gerente de la naviera James E. Ward & Co.; el abogado mexicano Severo Mallet Prevost, consultor del Consulado; el norteamericano Reau Campbell, representante del Ferrocarril Central Mexicano; el periodista mexicano Luis G. León, corresponsal en New York de *El Nacional*, de México; y don Rodolfo Cantón, comerciante de Mérida, Estado de Yucatán.

Posteriormente, Martí volvió a hacer uso de la palabra:

SEGUNDO BRINDIS DE MARTÍ

Se refirió a las mujeres de México. Nos pintó el carácter patriótico, decidido, enérgico, de doña María Josefa Ortiz, aquella noble dama que jugó papel tan importante, como amiga leal y consecuente del cura Hidalgo, a quien dio aviso tan oportuno, que anticipó el pronunciamiento y salvó la causa de la patria.

Nos recordó aquella virtuosa dama que compartió las delicias del hogar con aquel titán que se llamó Benito Juárez, pedestal de la Restauración de la independencia mexicana y uno de los más grandes caracteres de América. Y por último, Martí con frases poéticas,

con pinceladas de diversos colores, pronunció el tercer brindis de damas, para la bella y cultísima esposa del Presidente Díaz, encanto de la sociedad de México: Carmen Romero Rubio.¹¹

Más tarde, hablaron otros de los presentes: Dionisio Montes de Oca, director de la *Revista Mexicana de Seguros*; Ignacio D. Montesinos, director y propietario de la revista bilingüe *México Moderno*, que se editaba en New York desde septiembre del año anterior; el cubano Ramón V. Williams, quien desde hacía más de once años se desempeñaba como canciller del Consulado de México en New York; y el también cubano Enrique Trujillo, director del periódico semanal *El Porvenir*, a quien debemos la reseña del acto. Según ésta, al final de

¹¹ Carmen Romero Rubio y Castelló de Díaz, *Carmelita* (1864-1943). Casó con Porfirio Díaz el 7 de noviembre de 1881. Era hija de Manuel Romero Rubio (1828-1895), abogado y político mexicano, quien fue Secretario de Gobernación desde el 1º de diciembre de 1884 hasta su muerte, el 3 de octubre de 1895. Martí había conocido a Carmelita Romero Rubio en su infancia. El 15 de octubre de 1886 la recordaba en una de sus cartas a Manuel Mercado: "Leo con pena en *El Partido* y en los diarios de aquí que está enferma de algún cuidado la hija del Sr. Romero Rubio. –La conocí muy niña aún en los tiempos de mis amores, y me llamó la atención por su dulzura, ya en sus días tranquilos, ya acompañando a su madre en horas de tristeza. Si su padre hace memoria de mí, dígame mi deseo de que la linda señora halle pronto mejoría." Cinco años después, Martí volvía a referirse a ella en una carta fechada el 20 de marzo de 1891 y dirigida a Matías Romero, por entonces embajador mexicano en Washington. En ella afirmaba que Carmelita había sido "amiga íntima" de la familia de su esposa, Carmen Zayas Bazán. Por otra parte, la amistad entre José Martí y Manuel Romero Rubio es uno de los muchos temas pendientes de investigar en torno a la figura del primero. Habría que comenzar por saber si en México se conserva el archivo personal del segundo. Véase: Martí, J. *Correspondencia a Manuel Mercado*. Compilación y notas de Marisela del Pino y Pedro Pablo Rodríguez. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2003, p. 204-205. Martí, J. *Epistolario*. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Centro de Estudios Martianos, 1993, t. II, p. 276.

los brindis fue cantado a coro el Himno Nacional de México. Después, hubo música y baile hasta más allá de las cuatro de la madrugada.

El único periódico norteamericano representado en el acto fue el *New York World*, en la persona de Wilson Pulhamus. Lamentablemente, en las bibliotecas cubanas no existe ninguna colección de ese diario. Tampoco de *El Nacional* y de la *Revista Mexicana de Seguros* -ambas publicaciones del país hermano-, ni de la neoyorquina *México Moderno*, que pudieron hacer referencia a la conmemoración. Sólo contamos con la reseña de Trujillo. No obstante, a pesar de su mediocridad, ésta nos trasmite la impresión de que las intervenciones de Martí aquella noche, más que dos brindis ocasionales en un banquete, fueron un testimonio de su fervor por México digno de ser tenido en cuenta por sus biógrafos.

Pero hubo algo que no podía aparecer en la reseña de Trujillo. Martí había prometido a su fiel amigo puertorriqueño Sotero Figueroa Fernández visitarlo en la noche del 15 de septiembre. Esa tarde supo de la conmemoración del Grito de Dolores y decidió alterar su plan, pero le fue imposible avisárselo a Figueroa. Al día siguiente le remitió una breve excusa epistolar: “De un salto, la explicación de lo de anoche, a las 5 supe que era el banquete de la Independencia de México: asistencia ofrecida, y útil: hay que dejar el deber prorrogable por la ocasión americana que no admite prórroga. [...]”¹²

Estas líneas encierran dos ideas importantes: la primera, que Martí consideró su presencia en aquella conmemoración como algo políticamente útil para Cuba, para México, y para las tres repúblicas latinoamericanas que en aquel momento representaba en New York: Argentina, Uruguay y Paraguay. La otra es una síntesis del pensamiento martiano: la ocasión americana era improrrogable. Su deber para con Nuestra América estaba por encima de todo. Asumió ese deber como un apostolado y fue consecuente con él hasta el final de su vida. Era una ley americana.¹³

¹² Martí, J. *Epistolario*, t. II, p. 313.

¹³ Martí, J. *Epistolario*, t. V, p. 118.

